

de la infinita amistad que resplandece dentro de Vos misma. ¡Oh Dios infinito! Pues me habéis dado fe de esta unión, dadme gracia para imitarla del modo que Vos queréis.

**Punto 3.º** *Modo cómo pasa en Dios este misterio.*—En este punto has de considerar el modo cómo pasa en Dios este misterio. Porque la primera persona, que es el Padre, conociéndose y comprendiéndose á sí mismo y á su divina esencia con claridad infinitamente mayor que la del hombre que se ve en un espejo, por este conocimiento forma dentro de sí un concepto é imagen viva de sí mismo. Y este concepto es el Hijo, el cual, como dice san Pablo <sup>1</sup>, es resplandor de la gloria de su Padre, figura de su substancia é imagen invisible suya <sup>2</sup>. Este es el que llama san Juan <sup>3</sup>, Verbo ó palabra de Dios, la cual habla dentro de sí, exprimiendo en ella todo cuanto Dios sabe; y por esto se llama su Sabiduría. En produciendo el Padre al Hijo, necesariamente le ama, y se agrada en Él con infinito amor y gozo, porque ve en Él su misma bondad infinita: y el Hijo de la misma manera ama al Padre con infinito amor y gozo, por la infinita bondad que ve en Él y recibe de Él: y los dos juntos por este amor producen un ímpetu é impulso de su divina voluntad, que llamamos Espíritu Santo, comunicándole su divinidad, y así es Dios como ellos. Y todo esto está en Dios desde su eternidad, porque todas tres personas son eternas, sin que la una sea primero que la otra. Todas tres son inmensas, sin que puedan apartarse una de otra; todas son iguales en dignidad, porque en Dios tanta dignidad es ser Hijo como ser Padre, y ser Espíritu Santo como ser Hijo; todas tienen entera y cumplida bienaventuranza, con el conocimiento y amor de sí mismas y de su divinidad; de donde procede estar infinitamente gozosos y hartos, sin fastidio y sin tener necesidad de cosa alguna fuera de sí mismos. Todo lo cual ha de movernos á grandes afectos de admiración, amor, gozo y alabanza, por las grandezas de cada Persona y de todas en general. ¡Oh Trinidad beatísima, Padre, Hijo y Espíritu Santo! Desde el abismo de mi nada, me atrevo á levantar á Vuestro trono mis miradas, y pasmado de tal majestad y grandeza, deciros con los serafines <sup>4</sup>: «Santo, Santo, Santo sois, Señor Dios de los ejércitos»; el cielo y la tierra están llenos de vuestra gloria; vuestro nombre es admirable por todo el universo, y ante vuestra soberana grandeza todas las cosas son como si no fuesen; concededme, Señor, que, creyendo en este mundo con viva fe vuestras enseñanzas, tenga la dicha de participar en el otro de vuestra bienaventuranza eterna.

**Epílogo y coloquios.** ¡Oh verdad soberana é incomprendible misterio! ¡Un Dios, Rey de cielos y tierra, Dueño de todo lo criado, uno en esencia y trino en Personas! Una sola sabidu-

<sup>1</sup> Hebr., 1, 3. — <sup>2</sup> Colos., 1, 15. — <sup>3</sup> Joan., 1, 1. — <sup>4</sup> Isai., vi, 3.

ría, bondad, poder, entendimiento, voluntad y amor, y, con todo, tres personas realmente distintas. La primera de estas verdades se halla al alcance de la razón natural; porque claro se ve que el Sumo Bien no puede ser más que uno, que el Supremo Señor no puede tener rival, y el universal Legislador no puede tener quien se halle con poder para impugnar sus leyes. Mas si nuestra mente puede alejar de Dios la idea de división, no alcanza cómo puede haber en Él distinción real de Personas, y tiene el deber de cerrar los ojos, á lo que acerca de esto le dice la fe. Ha de creer que en Dios hay una naturaleza y tres personas distintas. Porque las perfecciones todas que se hallan en las criaturas deben hallarse en Dios de un modo eminente, sin mezcla de las imperfecciones que las acompañan. Y si Dios tiene la perfección de la unidad, no puede carecer de la que trae consigo la pluralidad. Has de creer que el Padre eternamente engendra al Hijo, comunicándole su misma esencia; y el Padre y el Hijo producen el Espíritu Santo, Dios igual en todo á ellos. ¿Qué siente tu corazón ante tales grandezas? ¿No te admira esta unidad tan perfecta en Dios; junto con la distinción real de las Personas? ¿No procuras imitar la unión que entre sí tienen las divinas Personas, teniendo tú otra semejante con tus prójimos? ¡Oh! Si el Señor te concediera un rayo de luz, y pudieras penetrar en los abismos infinitos de las grandezas divinas, quedarías arrebatado de admiración. Medita con atención este misterio; haz propósitos de venerarle é imitarle del modo que te sea posible, y para esto pide los auxilios al Señor, suplicándole también por todo el mundo.

## 152. — BONDAD INFINITA DE DIOS.

PRELUDIO 1.º Representate á Jesús diciéndote: «Nadie es bueno, sino sólo Dios».

PRELUDIO 2.º Pide agradecimiento y correspondencia á los infinitos bienes que te ha concedido la bondad de Dios.

**Punto 1.º** *Excellencias de la bondad de Dios al comunicarse á sus criaturas.*—Considera cómo siendo el bien naturalmente difusivo y comunicador de sí mismo <sup>1</sup>, Dios, Sumo Bien, suprema y esencial Bondad, ha de ser infinitamente inclinado á comunicarse con todos los modos posibles. Pondera las excellencias que muestra el Señor en estas comunicaciones. Porque Él no se comunica por necesidad, fuerza ó violencia, sino por sola su bondad y su libre voluntad; porque es bueno y quiere seguir la inclinación de su bondad en hacer bien; y esto te ha de mover á servirle de grado, diciendo con David <sup>2</sup>: «Voluntariamente os sacrificaré, Señor, y alabaré vuestro nombre, porque es bueno».

<sup>1</sup> S. Dionis.; S. Thom. — <sup>2</sup> Psalm. LIII, 8.

Además, tampoco se comunica por su propio provecho, sino por el nuestro; porque de comunicarse á otros, ningún bien se le acrece, pues tan bienaventurado era antes de criar el mundo como ahora; y todas las perfecciones que hay en todas sus criaturas las tiene Él desde toda la eternidad de un modo eminente. Por fin: otra excelencia es, que no deja estar ociosa esta inclinación, antes la cumple, comunicándose con todos los modos que era posible comunicarse, hasta el sumo. De suerte que, si el bien es derramador de sí mismo, Dios se derramó todo cuanto podía, según el orden de su infinita sabiduría, con lo cual nos obliga á que nos derramemos todos en su servicio y bien de los prójimos, haciendo todo el bien que pudiéramos y con la mayor perfección que nos fuere posible. Y así, cuando oramos, hemos de derramar, como Ana<sup>1</sup>, nuestra alma en la presencia de Dios; y, cuando amamos, hemos también de derramar, como David<sup>2</sup>, nuestra oración y afectos delante del Señor, ocupándolos todos en amarle. ¡Oh Sumo Bien! Vos deseáis sumamente comunicarnos, porque, si no os comunicáis, no es posible que haya otro bien fuera de Vos; comunicadme estas excelencias con que os comunicasteis, para que os ame, sirva y obedezca, no por fuerza ni temor, sino de grado y con amor; no por mi propio interés, sino por vuestro solo servicio; y siempre con ánimo largo y generoso, haciendo lo sumo que pudiere en vuestro servicio. ¿Servimos á Dios con estas condiciones? ¿Nos buscamos, al servirle, á nosotros mismos?

**Punto 2.º** *Comunicación de la divina bondad en los bienes naturales.*—Aquí has de considerar cómo la divina bondad, en fuerza de la inclinación que tiene á difundirse, ha comunicado á las criaturas los bienes naturales que poseen, repartiendo por ellas cuatro excelentes grados de hermosura y perfección. Á unas dió el ser corporal sólo, aunque con gran variedad de perfecciones, como son los cielos y los seres inorgánicos. Á otras dió la vida vegetativa, como son los árboles, flores y plantas. Á otras la vida sensitiva, como son los animales, aves y peces. Á otras el ser espiritual y vida intelectiva, como son los ángeles de las tres jerarquías. Y, últimamente, todos cuatro grados los recogió en el hombre, compuesto de cuerpo y espíritu, dándole ser como á los cielos y elementos, vida como á las plantas, sentido como á los animales, y entendimiento como á los ángeles; por lo cual el hombre se llama toda criatura y mundo abreviado. De modo que estos cuatro modos de ser y perfección son como cuatro ríos<sup>3</sup> que nacen de la fuente del paraíso, los cuales riegan por diversas partes la tierra y cielo, y después todos cuatro se recogen en el hombre, haciéndole muy semejante al paraíso de donde salieron. De todo lo cual has de sacar grandes afectos de

<sup>1</sup> 1 Reg., 1, 15. — <sup>2</sup> Psalm. cxli, 3; lxi, 9. — <sup>3</sup> Gen., 11, 10.

admiración y gozo, de agradecimiento y amor, por este maravilloso modo como Dios nuestro Señor se comunicó á los hombres, admirándote de la sabiduría infinita que mostró en esto, gozándote de su omnipotencia, agradeciendo su largueza y amando su infinita bondad. ¡Oh bondad soberana! Ahora veo con cuánta razón me mandáis que os ame<sup>1</sup> con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas y con toda mi mente; pues es razón que todo cuanto recibí de vuestra bondad se ocupe en amaros sin fin: os amaré con todo mi corazón, por el ser corporal que me disteis; con toda mi alma, por la vida que con ella vivo; con todas mis fuerzas, por los sentidos y potencias de que uso; con toda mi mente, por el espíritu y entendimiento que me habéis dado. ¡Oh, si de mis entrañas, por tales beneficios, saliesen cuatro ríos de agua viva, llenos de fervientes afectos de amor y gozo, de alabanza y agradecimiento!

**Punto 3.º** *Comunicación de la divina Bondad en los bienes sobrenaturales.*—Considera cómo, no contenta la divina Bondad con este modo de comunicación, escogió otro excelentísimo con otros cuatro modos, que exceden á todo el ser natural. El primero es el ser sobrenatural de la gracia, por la cual hombres y ángeles llegan á ser participantes de la divina naturaleza<sup>2</sup>, hijos y amigos muy queridos de Dios. El segundo es el ser de la gloria, por el cual los justos se hacen perpetuamente semejantes á Dios<sup>3</sup>, en las propiedades gloriosas que tiene, reinando con Él en el mismo reino. El tercero es el ser personal del mismo Dios el cual comunicó la segunda Persona de la Santísima Trinidad á la naturaleza humana. El cuarto modo es admirable, porque, como no fuese conveniente que el Hijo de Dios comunicase su ser personal á muchas naturalezas, su bondad infinita le inclinó á comunicar aquel divino ser con sus dos naturalezas, divina y humana, á todos los hombres en el Santísimo Sacramento, juntándolas con un modo inefable con las especies de pan y vino, y con ellas se nos comunica todo Cristo, Dios y hombre verdadero. Del propio modo, pondera con admiración cómo, no conviniendo que la Bondad divina comunicase su ser personal á todas las naturalezas criadas, escogió una en que estaban todas, que es la humana, y así, del modo que convenía, se comunicó y honró á todas. Además, de los cuatro grados de comunicación sobrenatural, los dos primeros son comunes á los ángeles y á los hombres, y los dos últimos son peculiares de éstos<sup>4</sup>, con lo cual descubrió bien que sus deleites son estar con los hijos de los hombres<sup>5</sup>, por lo cual, no sólo los crió á su imagen y semejanza, sino hizo que uno de ellos fuese el mismo Verbo, que es la misma imagen y semejanza infinita del Padre y un Dios con Él. ¡Oh bondad infinita de nuestro Dios y Señor! ¿Cómo no nos deshacemos en

<sup>1</sup> Mare., xii, 30.— <sup>2</sup> 1 Petr., 1, 4.— <sup>3</sup> 1 Joan., iii, 2.— <sup>4</sup> Hebr., 11, 16.— <sup>5</sup> Prov., viii, 31.

alabanzas de un Padre tan amoroso que tales prodigios de amor hace en favor nuestro? No diga ya el Profeta que habéis hecho al hombre poco menos que los ángeles, porque, ¿cuál de estos soberanos espíritus oyó jamás que el Padre Eterno le dijese: Tú eres mi Hijo? Con todo, este bien, que no fué concedido á los ángeles, ha sido comunicado al hombre con infinita caridad. ¿Y no amaremos á una Bondad tan admirable? ¿No emplearemos en su servicio cuanto tenemos?

**Epílogo y coloquios.** ¿Quién podrá alabar y glorificar dignamente la bondad infinita con que Dios se comunica á sus criaturas? Sólo Él mismo puede tributarse las alabanzas que justamente merece. Su bondad soberana, sin ser forzada por ninguna necesidad ni violencia, sin esperar cosa alguna de las criaturas, se digna derramar á manos llenas los dones soberanos sobre ellas. En el orden puramente natural, á unas ha dado el ser, á otras el ser y el vivir, á otras el ser, vivir y sentir, á otras el entender; y, por fin, al hombre le ha hecho depositario general de todos estos bienes, haciendo de él un pequeño mundo, en el cual se resuman las cualidades de todos los seres: el ser de los inanimados, el vivir de las plantas, el sentir de los animales y el entender de los ángeles. ¡Oh hombre! Mira lo que por ti ha hecho Dios en el orden puramente natural. ¿Qué no habrá hecho en el sobrenatural? ¡Ah! Los bienes que aquí ha derramado sobre el hombre, exceden á toda ponderación. Por la gracia, le hace especial hijo suyo; por la gloria, desea hacerle participante en lo sucesivo de su misma felicidad; por la encarnación, el mismo Hijo de Dios se hace hijo del hombre; y por la Eucaristía, este Dios y hombre se comunica indistintamente á todos los que se presenten á recibir este divino manjar. ¿Podía desearse bondad más soberana é inefable? ¿Quién se hubiera jamás atrevido á pedir á Dios las gracias que Él mismo nos ha comunicado sin pedir las? ¿Cómo podremos corresponder á tamaña bondad? Aunque le diésemos cuanto tenemos, nada haríamos que no fuese debido, y así, siempre hemos de tenernos por siervos inútiles y sin provecho. Ofrezcamos á Dios siquiera nuestra humildad, haciendo firmes propósitos de practicarla, y rogando por nosotros y por todo el mundo.

### 153.—CARIDAD Y AMOR DE DIOS.

PRELUDIO 1.º Representémonos á Jesús diciéndonos: «He venido á traer fuego á la tierra, y sólo deseo que arda».

PRELUDIO 2.º Pidamos la gracia de conocer y corresponder al amor de Dios.

**Punto 1.º Eternidad del amor de Dios.**—Considera la primera excelencia de la caridad de Dios para con los hombres, que es ser eterna. Esta eternidad consiste en ser tan antigua como

el mismo Dios, el cual, desde su eternidad, se resolvió en amar á los hombres y trabar amistad con ellos, y no solamente á bulto y en común, sino en particular, conociendo á cada uno, y queriendo, cuanto es de su parte, darle todos los bienes de gracia y gloria en que se funda esta amistad; aunque más particularmente amó á los que llamamos predestinados. De suerte que cada uno puede aplicarse á sí mismo las palabras que Dios dice por Jeremías: «Con caridad perpetua te amé». Como si dijera: Desde que soy Dios, te amo: desde que me amo á Mí, te amo á ti: tan eterno es el amor que te tengo, cuan eterno soy Yo y el amor con que me amo. De aquí se sigue, que la caridad y amor de nuestro gran Dios es siempre primero que el nuestro, y nos gana por la mano; por lo cual dijo san Juan: «En esto se descubrió la caridad de Dios, porque no amamos nosotros primero á Él, sino Él primero nos amó»; lo cual prueba que no nos ama por su interés ni por nuestros merecimientos, sino de gracia y solamente porque es bueno. Considera, además, cómo la caridad de Dios, así como es eterna cuanto á lo pasado, también lo es cuanto á lo porvenir, de modo que así como no tuvo principio, así, cuanto es de su parte, nunca tendrá fin, si por nosotros no queda. Pero aún pasa más adelante la estabilidad de este amor; porque cuando por nuestra culpa rompemos esta amistad, Él con su infinita caridad siempre está firme en desear que volvamos á ella, y está aparejado para admitirnos de nuevo á su gracia si le pedimos perdón. ¡Oh Amador eterno é inmutable! Dame un amor semejante al vuestro, del cual ninguna cosa me pueda apartar. No permitáis, Señor, que por mi culpa corte el hilo de vuestra amistad; y si como flaco le cortare, vuestro amor me despierte y prevenga para que me vuelva á Vos diez veces más de lo que me había apartado de Vos. ¿Somos firmes y constantes en amar á Dios? ¿Nos apartan de su amor las tribulaciones y contrariedades?

**Punto 2.º Extensión del amor de Dios.**—En este punto has de considerar otra excelencia de la caridad de Dios, que es ser anchísima con infinita anchura, abrazando, cuanto es de su parte, á todos los hombres, de cualquier estado y condición que sean, deseando admitir á todos á su gracia y amistad, sin excluir á ninguno que quiera ser admitido; cumpliéndose también en esto lo que dijo el Sabio: «Disimulas los pecados de los hombres por la penitencia, porque amas todas las cosas que son, y ninguna cosa aborreces de las que hiciste». Y aunque es verdad que con más especial amor ama á los predestinados, y en este sentido se dice que aborrece á los réprobos, porque no les amó tanto como á ellos; pero absolutamente á todos, cuanto es de su parte, ama con infinita caridad, deseando que todos se salven<sup>1</sup>, y que

<sup>1</sup> Jerem., xxxi, 3. — <sup>2</sup> I Joan., iv, 10. — <sup>3</sup> Sap., xi, 24. — <sup>4</sup> I Tim., ii, 4.

todos sean amigos suyos; y no cesa de hacerles caricias, como hizo con Judas, echando brasas de caridad y beneficios sobre su enemigo<sup>1</sup>, para convertirlo en amigo; y para todos hizo nacer el Sol de justicia, su divino Hijo, y para todos llovió su doctrina celestial y se derramó el rocío de su divina gracia. Pondera cómo, aunque esta divina caridad se extiende á innumerables cuanto á la familiaridad y ternura, es como si fuese con muy pocos; entre los hombres la estrecha amistad puede ser sólo entre muy pocos, porque es cosa rara hallar muchos amigos fieles de quien poderse fiar; mas en Dios, aunque los muy queridos sean muchos, trata con tanta familiaridad con cada uno, como si fuera solo; de modo que la muchedumbre de amigos no quita la familiar comunicación con ellos, como se ve en el cielo, donde está muy perfecta esta amistad. Á imitación de Dios, has de extender tu caridad á todos, sin tener á nadie por enemigo, ensanchando los senos de tu corazón para que todos quepan dentro de él, y, además, has de reducir el amor de todos á uno, amándolos á todos por Dios. ¡Oh Amador inmenso! Pues tan anchos senos tiene vuestra caridad, admitid dentro de ellos á todos los mortales; cerrad, si es posible, los senos del infierno, donde sois aborrecido, para que ninguno bajé á ellos, y abrid los senos del cielo, donde sois amado, para que todos suban á ocuparse para siempre en vuestro amor. ¿Es nuestra caridad extensa y dilatada como la caridad divina? ¿Rehusamos extenderla á alguna persona?

**Punto 3.º** *Alteza de la caridad de Dios.*—Considera aquí la sublimidad y elevación de la caridad de Dios, la cual se descubre en la alteza de los beneficios y favores que por ella nos concede, los cuales son tan altos, que no pueden ser mayores. Porque Él nos levanta á la alteza de la soberana dignidad de hijos suyos y herederos de su reino; por lo cual dijo san Juan<sup>2</sup>: «Mirad qué caridad nos dió el Padre: que nos llamemos hijos de Dios, y lo seamos»; como si dijera: contemplad y ponderad la alteza adonde llegó la caridad de Dios, los admirables afectos y efectos que brotó, pues nos levantó á ser hijos de Dios, con todas las excelencias que han de tener los hijos de tal Padre. Y cuáles sean éstas, no es posible conocerlo en esta vida, y así añade: «Ahora somos hijos de Dios; pero no se descubre lo que seremos: cuando se descubriere, seremos semejantes á Él, porque le veremos como es». De modo que sólo en el cielo se conoce la soberana alteza de esta dignidad de hijos y la caridad de Dios que nos levantó á ella. Pondera cómo se muestra también la alteza del amor de Dios para con nosotros, en que por nuestro remedio levantó un hombre de nuestra naturaleza á ser Hijo de Dios, no adoptivo, sino el mismo Hijo de Dios natural,

<sup>1</sup> Prov., xxv, 22; Rom., xii, 20. — <sup>2</sup> I Joan., iii, 1.

por la unión de la encarnación: de modo que un hombre sea real y verdadero Hijo de Dios, igual con el Padre y un Dios con Él. Y aquí subió tan alto la caridad de Dios para con el hombre, que no pudo subir más; por lo cual dijo el mismo Cristo nuestro Señor<sup>1</sup>: «Así amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo unigénito». Con este Hombre celestial trabó Dios la más excelente amistad que puede haber, después de la amistad infinita que hay entre las tres divinas Personas, porque así como ésta se funda en la unidad de esencia, aquélla estriba en la unidad de una misma persona, en todo igual al mismo Dios. ¡Oh alteza de la bondad y caridad de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus obras, y cuán inapeables sus caminos! ¡Oh amor inefable, que para trabar amistad perfecta con el hombre, le subes á la igualdad de Dios! ¡Oh Amador altísimo! ¿Qué gracias os daré por tan altas y soberanas obras de amor que habéis hecho, y cómo os podré alabar dignamente por ellas? Pues que me habéis levantado á la dignidad de hijo vuestro, esciareced los ojos de mi alma, para que conozca cuál sea esta caridad, y vestido de ella, os ame como á Padre, procurando seros semejante en el amor, para serlo después en la gloria.

**Epílogo y coloquios.** ¡Oh, cuán soberanas son las excelencias de la caridad que Dios nos tiene! Su amor es eterno, tan antiguo como su ser. Desde que se ama á Sí mismo, nos ama tiernamente á nosotros. Amarse y amarnos, tal ha sido su perenne ocupación desde toda la eternidad. Y porque nos amó, llegado el tiempo señalado por su adorable Providencia, nos dió el ser que tenemos y todos los bienes espirituales y corporales que poseemos. Aunque ahora le entreguemos todo nuestro corazón, no haremos sino corresponder á su infinita caridad, que nos ha prevenido con bendiciones de dulzura. Y este divino amor, no sólo carece de principio, sino, en cuanto es de su parte, carece también de fin; porque jamás dejará de amarnos, si nosotros no le rechazamos voluntariamente y resistimos á su amor. ¡Oh insensatez del hombre, que ciega sus ojos para no recibir el amoroso influjo de este sol! El cual extiende sus rayos á todos, sin excluir á uno solo, porque su amor es extenso, sin que su extensión menoscabe la intensidad, ternura y familiaridad con que abraza á cada uno. Nos ama á todos y á cada uno con la misma ternura y afecto que si amara á uno solo. Y tales y tan altos son los efectos que causa este divino amor, que nuestro entendimiento no puede llegar á comprenderlos. ¡Hácenos hijos suyos, herederos de su reino, participantes de su gloria! Pues, ¿cómo no amamos á Dios? ¿Por qué somos rebeldes á la ternura de tan amante Padre? Si Él nos ama desde toda la eternidad, ¿por qué no comenzamos nosotros siquiera desde hoy á correspon-

<sup>1</sup> Joan., iii, 16.

derle? Si Él extiende su amor á todos, ¿por qué excluimos del nuestro á uno sólo? Y si tan altos bienes nos ha hecho, ¿por qué no le servimos cuanto nos es posible? ¡Ah! ¡Qué ingratitud la nuestra! Nos consideramos obligados á corresponder al amor de un vil gusano de la tierra, y no correspondemos al amor de Dios. Reflexionemos bien sobre esto, y, proponiendo lo que nos conenga hacer, pidamos con fervor por nosotros y por los demás.

#### 154.—MISERICORDIA DE DIOS.

PRELUDIO 1.<sup>o</sup> Representémonos á Jesucristo diciéndonos: «Quiero misericordia y no sacrificio».

PRELUDIO 2.<sup>o</sup> Pidamos la gracia de conocer la excelencia de la divina misericordia, y de confiar en ella.

**Punto 1.<sup>o</sup> Misericordia de Dios, comparada con su justicia.**—Considera cómo, aunque las divinas perfecciones, según están en Dios, todas son iguales, porque son el mismo Dios; sin embargo, en orden á los efectos en que resplandecen, una se muestra mayor que otra. Y así, aunque la misericordia y la justicia sean en Dios infinitas, brillan más los efectos de aquella; por lo cual dijo Santiago <sup>1</sup>: «La misericordia sobrepuja la justicia»; porque aquella precede, acompaña y sigue á ésta en todas su obras. Pondera cómo la misericordia siempre precede á la justicia, porque todas las obras de justicia presuponen alguna obra de misericordia en que se fundan, y antes de castigar Dios á los pecadores, les ha hecho infinitas misericordias y les ha perdonado innumerables veces, avisándoles que se enmienden y huyan de su justicia. De modo, que la misericordia y perdón nacen de Dios, el cual, por sola su bondad, desea librarnos de nuestras miserias; mas la justicia en el castigo no nace de solo Él, sino de nosotros, que con nuestros pecados lo provocamos á que nos castigue. Demás de esto, la misericordia siempre acompaña las obras de justicia, las cuales nunca andan solas, porque en medio de ellas usa Dios con los castigados de muchas misericordias, ya dando avisos á sus enemigos para que huyan de sus castigos, ya convidándolos con el perdón y moderando el castigo; y aun en el mismo infierno se deja sentir la misericordia de Dios, el cual castiga á los condenados *citra condignum* <sup>2</sup> menos de lo que merecían. Por fin, la misericordia es el fin de la justicia, porque los castigos de esta se ordenan á que el castigado se enmiende; y si él no quiere, á lo menos que otros, por ocasión de su castigo, acudan á la divina misericordia, y ésta campee y resplandezca más en los buenos, puesta en parangón con la justicia que se ejecuta en los malos. En vista de todo esto, ¿cómo

<sup>1</sup> Jacob, II, 13. — <sup>2</sup> S. Thom., I p., q. 21, art. 4 ad 1.

no confías en esta misericordia infinita que se descubre en todas las obras de Dios? ¡Oh Dios eterno! Gózome de que seáis justo y misericordioso: yo venero humildemente vuestra justicia, y me sujeto á vuestra corrección; pero deseo que prevalezca en mí vuestra misericordia, haciéndome vaso é instrumento de ella, para que seáis en mí glorificado y yo cante vuestras misericordias por toda la eternidad.

**Punto 2.<sup>o</sup> Misericordia de Dios con los pecadores.**—En este punto has de considerar la misericordia de Dios, que brilla especialmente con los pecadores, la cual tiene varias propiedades excelentísimas, que la hacen infinitamente digna de alabanza. Primeramente, su misericordia se extiende á todos los pecadores, de cualquier estado y condición que sean, sin excluir á ninguno. Todos tienen derecho á esperarla, ya sean libres, ya esclavos, ora grandes, ora pequeños, porque todos son hechura de Dios y obra de su omnipotencia, y porque Él ama á las almas, y del amor nace la compasión de las miserias que padece la cosa amada. En segundo lugar, la misericordia de Dios se extiende á todos los pecados, por muchos y graves que sean, porque ningún pecado puede ser tan grande que no sea infinitamente mayor la misericordia de Dios para perdonarle; ni pueden ser tan innumerables, que no sean incomparablemente más innumerables sus misericordias. Todo lo cual te ha de servir de título para implorarlas, diciendo con David <sup>1</sup>: «Compadécete, Señor de mí, según tu gran misericordia, y según la muchedumbre de tus misericordias, borra luego mis maldades». De aquí procede la tercera propiedad de la misericordia de Dios, que es esperar á los pecadores á que hagan penitencia, y convidarlos con el perdón, concediéndosele con gran facilidad cuando se lo piden, y olvidándose de sus pecados, como si no los hubieran cometido. Y lo que echa el sello es que no ha puesto tasa en las veces que ha de perdonar; sino que después de haber perdonado una vez muchos y graves pecados, torna segunda vez á perdonar otros tantos, y mucho mayores <sup>2</sup>; y lo mismo tercera vez. ¡Oh Dios misericordiosísimo! ¿Qué gracias y alabanzas os podremos dar por vuestras infinitas misericordias? Menores somos que todas ellas; ¿cómo os las podremos dar de un modo debido? Ellas mismas, Señor, os alaben y bendigan para siempre, y ensalcen vuestra bondad las maravillas que hacéis con los hijos de los hombres. ¿Hemos conocido nosotros la misericordia de Dios con los pecadores? ¿Serán parte para hacernos desconfiar la muchedumbre y repetición de nuestros pecados?

**Punto 3.<sup>o</sup> Misericordia de Dios con los justos.**—Considera ahora con profundo agradecimiento las sublimes propiedades de la misericordia de Dios con aquellos que ha escogido para

<sup>1</sup> Psalm. I, 3. — <sup>2</sup> Matth., XVIII, 22.